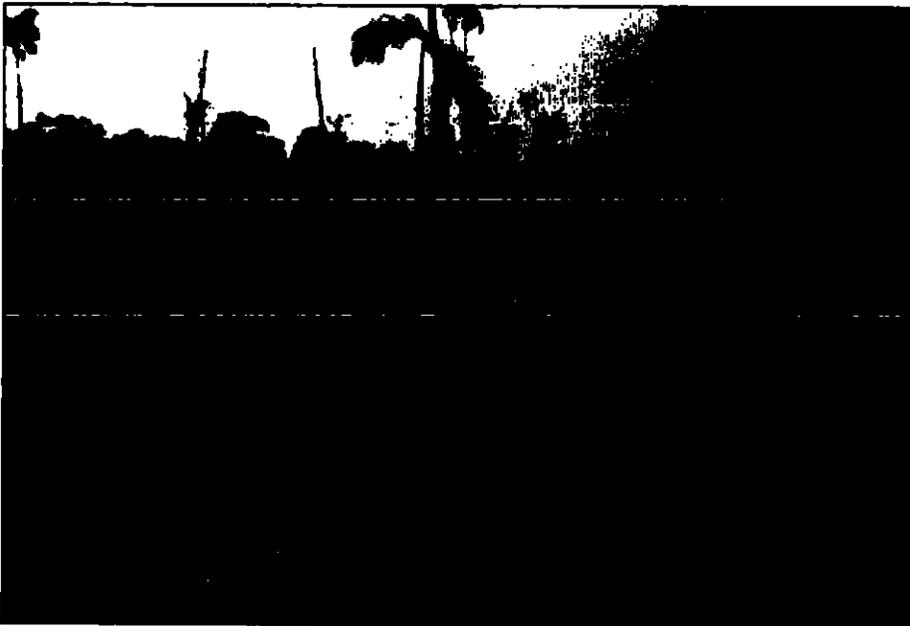


GLOBALISMO Y SUSTENTABILIDAD

NOTAS SOBRE «DESARROLLO SUSTENTABLE» Y PROPOSITO CONSCIENTE*

Ernest García**



Nunca me ha gustado la palabra «desarrollo». Es muy reduccionista. Simplifica demasiado las cosas. Una bicicleta tiene desarrollo. Aunque no en el mismo sentido, un organismo «tiene» desarrollo. Una sociedad, en cambio, tiene historia, que es algo bastante diferente. En esta época *histórica*

no se hacen muchas distinciones en este punto y algo que en política y en sociología se designa también con la palabra «desarrollo» parece ser un asunto fundamental. Muchas veces parece incluso *el* asunto fundamental. Sin embargo, creo que las colectividades humanas no tienen el problema del desarrollo.

* Versión revisada del texto presentado en el V Congreso Español de Sociología, celebrado en Granada en septiembre de 1995. En dicho Congreso se constituyó un Grupo de Trabajo sobre «Sociología del Medio Ambiente» dentro de la Federación Española de Sociología.

gría. Agradezco a Joan Martínez Alier sus comentarios a una primera versión del artículo.

** Universitat de València. Departament de Sociologia i Antropologia Social.

Tienen el problema de mejorar la vida, de conseguir que las gentes tengan lo suficiente para una existencia digna y libre. Lo que se llama desarrollo es, si acaso, un medio para conseguir tal fin. Un medio que ha resultado hipostático. La era del desarrollo como objetivo universal, de alcance planetario, está ya en su quinta década. En ese tiempo, uno de cada cinco seres humanos ha accedido a una abundancia material sin precedentes. Por otra parte, la desigualdad y el número de las víctimas del hambre se han incrementado hasta abismos nunca antes conocidos y, además, han sido socavadas, quién sabe si irreparablemente, las bases naturales de la subsistencia de la especie. La presunta solución a los dilemas de la evolución social ha desembocado en «formas de 'mejora' que empobrecen e incapacitan»¹ a cada vez más personas en cada vez más lugares. Esta constatación debería llevar, al menos, a preguntarse si no habrá sido, después de todo, un medio inadecuado.

Tampoco me entusiasma la palabra 'sostenibilidad'. Sustituye el eventual compromiso con la belleza y la diversidad de la vida —y de los intercambios entre las sociedades y sus ecosistemas— por una abstracción que sugiere vagamente la posibilidad de gobernarlos de una forma hasta ahora desconocida. Se reconoce por fin que algunos límites naturales sí que existen. Se acepta que ignorarlos puede poner en peligro el suministro material que mantiene la expansión de la civilización industrial. Y se plantea la pregunta de cómo sostenerlos (el suministro y la expansión). La respuesta que viene abriéndose camino comienza afirmando que la ignorancia puede superarse mediante nuevas «ciencias de la Tierra», apoyadas por satélites artificiales y computadoras. El paso siguiente es postular que el intercambio puede controlarse, incluso en situaciones extremas, mediante fórmulas sofisticadas de «geoingeniería» y de «gestión de la ecosfera». Y, finalmente, se proclama la oportunidad de librar «la batalla para salvar el planeta» lo

que, naturalmente, requiere la urgente constitución de los correspondientes estados mayores, para los que pronto se pedirán plenos poderes. Todo esto se asemeja cada día más a una nueva guerra fría. Inspirada, como la otra, por el principio de «mantener a raya». A la naturaleza y a la sociedad. Más o menos sobre la muy borrosa raya de la capacidad de sustentación de la biosfera.

La suma de las dos palabras en el «desarrollo sostenible» me desagradaba todavía más. Es un sentimiento que tiene que ver, desde luego, con la sospecha de que en ese concepto, aparentemente prometedor, las prioridades siguen decantándose del lado del sustantivo y no de la búsqueda de un verdadero compromiso. Los años de su imparable ascenso, desde que la Comisión Brundtland lo consagró hasta que la Cumbre de Río lo lanzó a la fama y provocó su actual omnipresencia, han coincidido con la etapa inicial del ambientalismo como «fase superior del desarrollismo»². Creo que no se trata sólo de una contingencia ideológica y política, sino de algo inherente al concepto, e intentaré argumentarlo a partir de ahora.

En su uso contemporáneo en ciencias sociales, la palabra «desarrollo» sugiere un proceso de cambio dirigido y controlado. Suele incluir la determinación de los objetivos del proceso y la de los medios que se consideran adecuados para alcanzarlos. La palabra «sostenibilidad», por su parte, alude al mantenimiento de la economía en los límites de la capacidad de sustentación de los ecosistemas de que depende. La noción de «desarrollo sostenible», pues, sugiere un control intencional y consciente de la relación entre sociedad y naturaleza.

El intento de acoplar a los seres humanos con su medio ambiente mediante la conciencia puede representarse de muchas maneras. Hay sin embargo dos metáforas al respecto la comparación entre las cuales me parece especialmente instructiva. La primera de ellas es la archiconocida imagen de la astronave Tierra, propuesta por Boulding³. La

¹ Seabrook, J.: *Victims of development: Resistance and alternatives*. Londres, Verso, 1993, p. 250.

² Sachs, W.: «Global ecology and the shadow of 'development'». En Sachs, W. (ed.): *Global ecology: A*

new arena of political conflict. Londres, Zed Books, 1993, p. 3.

³ Boulding, K.: «The economics of the coming spaceship Earth». En Jarrett, H. (ed.): *Environmental qua-*

nave tiene un número determinado de tripulantes y pasajeros y una provisión, también determinada, de combustible y alimentos. Quien está al mando puede, más o menos, dirigir todo el conjunto de una forma eficiente. Una nave es, a fin de cuentas, un mecanismo, es decir, un sistema de relaciones lineales que puede ser controlado si se estudian minuciosamente su estructura y las leyes que rigen su dinámica. La segunda, menos célebre, fue propuesta por Bateson y es una de las situaciones en las que se vio implicada la Alicia del libro de Carroll: un partido de croquet que debía jugarse utilizando un flamenco como mallo y un erizo como pelota. Bateson describía esa situación como una secuencia metafortuita de acontecimientos sometida a una indeterminación de segundo orden⁴. El control consciente, en este caso, es imposible. Y la intervención finalista, es decir, lineal, es como intentar reparar un reloj clavando un lápiz al azar en su mecanismo⁵.

Las dos metáforas representan de una forma muy plástica una diferencia básica entre la mecánica y la vida. A mi modo de ver, la relación entre la sociedad y la naturaleza, que son dos sistemas complejos autoorganizadores, como lo son los organismos, está captada por la segunda de ellas mucho mejor que por la primera. La idea de un desarrollo sostenible sugiere que es razonable que alguien se juegue el cuello en un partido como el antes planteado siempre y cuando su pulso sea firme. O, expresado con otras palabras, intenta encajar la coevolución de los humanos y el resto de los seres vivos en un marco epistemológico esencialmente mecanicista; y es, por tanto, un error sistémico.

ECOLOGIA HUMANA Y SOCIOLOGIA

El punto de vista anteriormente esbozado tiene algunos puntos de contacto con la

afirmación de que nada material puede crecer indefinidamente en un medio finito y de que hay, por tanto, límites al crecimiento económico, principio en el que se ha basado buena parte del pensamiento ecologista. Sin embargo, no coincide exactamente con el mismo y, según creo, permite percibir en él algunas insuficiencias.

El enfoque de los límites al crecimiento depende de la noción de capacidad de sustentación o de carga. La condición de sostenibilidad de la evolución social sería entonces que la escala física de la economía (incluyendo la *sociomasa*, como llamó Boulding a la masa total de los seres humanos y sus artefactos asociados⁶, así como la entrada periódica de energía y materiales necesaria para su reproducción) se mantuviera dentro de la capacidad sustentadora de la biosfera. Para este punto de vista la noción de desarrollo sostenible tiene sentido aunque, una vez alcanzada la capacidad de carga, habría de referirse tan sólo a los aspectos cualitativos (a la obtención de más servicio a partir de cantidades constantes o decrecientes de energía y materiales). En este contexto, la distinción según la cual «crecimiento es que algo se hace más grande, y desarrollo es que algo mejora»⁷ resulta relevante.

Haré un paréntesis aquí. La idea de que un sistema material puede conocer grandes cambios cualitativos sin alterar su dimensión física me parece bastante extraña. Tal vez pueda mantenerse, pero es menos obvia de lo que algunos de sus partidarios, como el economista Herman Daly⁸, parecen suponer. Tal vez sea cierto, como sostienen muchos biólogos, que la masa total de la biosfera no se ha alterado sustancialmente en el curso de la evolución, pero no parece tan fácil decir lo mismo de cada especie en particular. Y, en general, en el mundo de la vida, la noción de desarrollo parece estar muy ligada a las de crecimiento y forma, es decir, a variaciones cuantitativas y cuali-

lity in a growing economy. Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1966, pp. 3-15.

⁴ Bateson, G.: *Pasos hacia una ecología de la mente*. Buenos Aires, Planeta-Carlos Lohé, 1991, pp. 474-475.

⁵ Commoner, B.: *El círculo que se cierra*. Barcelona, Plaza & Janés, 1978, pp. 40-41.

⁶ Boulding, K.E.: «The limits to societal growth». En Boulding, E. y K.E. Boulding: *The future: Images and processes*. Londres, Sage, 1995, pp. 29-30.

⁷ *Ibid.*, p. 30.

⁸ Daly, H.E.: «Criterios operativos para el desarrollo sostenible». *Debats*, n.º 35-36, 1991, p. 39.

tativas⁹. Creo que el punto merece un examen más detallado, a fin de desbrozar lo que puede mantenerse en las propuestas de estado estacionario o crecimiento cero, apartando lo que debería descartarse por excesivamente idealista. Hoy, sin embargo, dejaré de lado esta cuestión.

Hay dos razones, al margen de la aludida, de que el enfoque de la capacidad sustentadora me parezca insuficiente. En primer lugar, la escala máxima es indeterminable (no hay manera de saber cuándo el cuello del

flamenco topará con el erizo ni en qué dirección se desplazará éste). En segundo lugar, este enfoque no resuelve el problema de las necesidades humanas (o, en otros términos, permite hasta cierto punto tratar la sostenibilidad pero no dice nada de la sociedad). La tabla 1 ilustra esta apreciación.

La columna de la izquierda corresponde a una combinación de las reglas operacionales para el desarrollo sostenible propuestas por Kerry Turner y Daly¹⁰. La de la derecha indica lo que pasa con dichas reglas

Tabla 1

Sostenibilidad ecológica	Sostenibilidad ecológica y social
1. La extracción de recursos renovables ha de ser igual o inferior a la capacidad de regeneración natural de los ecosistemas y la emisión de contaminantes ha de mantenerse dentro de la capacidad natural de asimilación	1. El nivel deseable de explotación de los recursos renovables es igual o inferior a la capacidad de regeneración/asimilación de los ecosistemas, siempre que eso permita la satisfacción considerada suficiente de las necesidades y un grado de equidad aceptable
2. La extracción y consumo de recursos no renovables ha de ser tan lenta como sea posible, consumiendo con preferencia sustitutos renovables y agotando los recursos no renovables más abundantes antes que sus sustitutos más escasos; y la emisión de contaminantes ha de mantenerse dentro de la capacidad natural de asimilación	2. Adopción de un ritmo deseable de agotamiento de los recursos naturales no renovables, es decir, el ritmo más lento compatible con un nivel considerado suficiente de satisfacción de las necesidades de los seres humanos y con un grado aceptado como justo de equidad en la distribución
3. El cambio tecnológico ha de orientarse a incrementar el servicio obtenido por cada unidad de recursos naturales consumidos y a fomentar la sustitución de no renovables por renovables	3. El cambio tecnológico ha de orientarse a incrementar el servicio obtenido por cada unidad de recursos naturales consumidos y a fomentar la sustitución de no renovables por renovables, en el marco de un nivel de consumo y un grado de equidad aceptables
4. La escala física de la economía ha de mantenerse dentro de la capacidad de sustentación de la biosfera	4. La escala física de la economía ha de mantenerse lo suficientemente por debajo de la capacidad de sustentación de la biosfera como para proporcionar flexibilidad a la evolución social, que es imprevisible

⁹ Tyler Bonner, J.: «Introduction». En Thompson, D'Arcy W.: *On growth and form*. Cambridge, at the University Press, 1992, p. xviii.

¹⁰ Kerry Turner, R.: *Sustainable environmental management: Principles and practice*. Londres, Belhaven,

1988, pp. 12-20. Daly, H.E.: *Steady-state economics. Second edition with new essays*. Washington, Island Press, 1991, p. 256. Hay una diferencia reseñable entre las dos fuentes. Daly propone una regla para uso de los no renovables según la cual deberían ser consu-

derecha indica lo que pasa con dichas reglas si se intenta aplicarlas en el único contexto en que tienen sentido, dado que son antropocéntricas. Esto es, en un contexto en que se trate de hacer duradera una forma de sociedad en la que la gente crea que vale la pena vivir (¿por qué, si no, habría que sostenerla?). Caso de eliminar los términos «deseable», «necesidades» o «equidad», las dos columnas serían equivalentes. Pero no pueden suprimirse, con lo cual la confortable contundencia de las reglas de sostenibilidad ecológica desaparece sin remedio.

Podría expresarse el núcleo del asunto diciendo que eso de la sostenibilidad tiene que ver, no sólo con la ecología, sino también con la ética, la estética y la política. O, alternativamente, con una sola palabra: mente, esa molesta forma de complejidad.

Quien encuentre extremada tanta concisión puede fijar su atención en un argumento algo más prolijo. Si formulamos la pregunta acerca de los límites de la relación entre la humanidad y la naturaleza, podríamos comenzar en el nivel biológico, en términos de población y capacidad sustentadora del entorno (como en muchos planteamientos que ven en la explosión demográfica el problema ecológico). Los defensores más serios de este punto de vista saben que un cálculo que sólo tenga en cuenta el número de seres humanos carece de sentido. Y se enfrentan a la cosa más o menos de esta forma: «El impacto causado por un grupo humano en el medio ambiente constituye el resultado de tres factores. El primero es el número de personas. El segundo es la medida de los recursos que consume el individuo medio (lo que, a su vez, representa

el índice de riqueza). Por último, el producto de esos dos factores (...) se multiplica por el índice de destrucción medioambiental causado por las tecnologías que nos suministran los productos de consumo. El último factor es el impacto medioambiental por cantidad de consumo. En resumen: Impacto = Población . Riqueza . Tecnología, o $I = PRT$.»¹¹

Lo que ocurre es que no sirve de mucho ser consciente de esto si luego se consideran la riqueza y la tecnología como simples variables externas. Y, si no se hace así, se produce un debate que nunca llega a conclusiones satisfactorias¹² sobre la influencia relativa del crecimiento demográfico, la tecnología y el nivel de consumo en el deterioro ambiental.

Si se repite la misma idea de una forma menos abstracta y fría se ve más claro: «... un niño nacido en Estados Unidos representa un impacto destructivo en los ecosistemas de la Tierra y en los servicios suministrados por éstos dos veces superior que el de un niño nacido en Suecia; tres veces superior que el de un niño nacido en Italia; 13 veces superior que el de uno nacido en Brasil, 35 veces superior que el de un niño hindú; 140 veces superior que uno nacido en Bangla Desh o Kenia y 280 veces superior que si ese niño naciera en Chad, Rwanda, Haití o Nepal»¹³. La variabilidad interindividual en el consumo de energía es tan grande que implica una diferencia radical con cualquier otra especie. Los cazadores-recolectores necesitan de 2500 a 3000 kilocalorías diarias, los norteamericanos actuales 200.000¹⁴. ¿Habría tal vez que concluir que pertenecen a especies distintas?

midos sólo según el ritmo permitido por el desarrollo de sustitutos renovables. En el límite, sería sostenible sólo una civilización estrictamente solar, es decir, que utilizara exclusivamente energía solar y materiales de la biosfera. Esta condición me parece demasiado fuerte. Nunca ha habido, y probablemente nunca habrá, una civilización solar en este sentido fuerte. Civilización es casi sinónimo de consumo de no renovables. Por ello, una regla de parsimonia, como la propuesta en la tabla, me parece más plausible. Una segunda diferencia es que Daly insiste más en una regla macro relativa a la escala global, que viene a ser equivalente a decir que sostenibilidad es idéntica a permanencia dentro de

la capacidad sustentadora de la biosfera, un recordatorio por otra parte redundante, pues está contenido en sus reglas micro sobre uso de recursos.

¹¹ Ehrlich, P.R. y A. H. Ehrlich, *La explosión demográfica: El principal problema ecológico*, Barcelona, Salvat, 1993, p. 52.

¹² Tabah, L.: «Population prospects with special reference to the environment». En Cooper, D.E. y J.A. Palmer (eds.): *Just environments: Intergenerational, international and interspecies issues*. Londres, Routledge, 1995, pp. 75-76.

¹³ Ehrlich y Ehrlich, op. cit., p. 140.

¹⁴ Declaraciones de W.R. Catton, en Jensen, D.:

Ya se ve: la pregunta por la capacidad de carga de la biosfera conduce a extrañas respuestas. La misma porción de los recursos terrestres podría sostener a 40 millones de europeos o a 2800 millones de nepalíes. De hecho, las estimaciones realizadas sobre la capacidad de sustentación de la Tierra oscilan entre los 7,5 y los 50 mil millones de personas, una conclusión que, como se ha dicho, «inspira poca confianza»¹⁵.

Hay que tener en cuenta, además, que los seres humanos no somos los únicos consumidores terrestres de la energía solar captada por medio de la fotosíntesis. La producción primaria neta es la cantidad de energía que queda después de restar la respiración de los productores primarios (principalmente plantas) de la cantidad total de energía (en la mayor parte solar) que es fijada biológicamente, y «proporciona la base para el mantenimiento, crecimiento y reproducción de todos los heterótrofos»¹⁶. Los límites relativos a la drástica reducción de la diversidad biológica que ha de producirse si se deja demasiado poco espacio y demasiado poca comida a las otras especies son anteriores a los de la capacidad de carga calculada *solo* para los seres humanos y «sus» animales y vegetales¹⁷.

En síntesis: si se analiza aisladamente la variable población no se llega a ninguna parte. Y si se introduce en el análisis sólo una pequeña parte de las conexiones reales, en-

tonces la aparente ventaja empírica del concepto de capacidad de carga se esfuma. Este resultado es reconocido por los especialistas, quienes suelen decir que los grandes problemas ecológicos están relacionados con el crecimiento de la población humana de una forma que es más bien indirecta y que opera a través de una variedad de factores intermedios de tipo social, económico y político.

Hay todavía otra peculiaridad humana relevante. En tanto en cuanto se exploten intensamente recursos no renovables, el enfoque de la capacidad de carga no debe responder a la pregunta «¿cuánta población?», sino más bien a esta otra: «¿cuánta población durante cuánto tiempo?». Entran así en juego las engorrosas dificultades adicionales ligadas a la duración de un proceso en el que hay *cambio*.

Por todo lo anterior, la principal utilidad del concepto de capacidad de carga cuando se aplica a poblaciones humanas es que recuerda que en algún punto hay límites a la presión sobre los ecosistemas. Pero como éstos son indeterminables y cambiantes, dicho concepto es muy escasamente operacional (y lo es aún menos a escala global, pues la diversidad de las pautas de dinámica demográfica en los grupos humanos, así como de sus formas de relacionarse con el ambiente, es tan grande que las precarias aproximaciones locales son luego difíciles de agregar para

Listening to the land: Conversations about nature, culture and eros. San Francisco, Sierra Club Books, 1995, p. 135.

¹⁵ Clarke, J.I.: «The interrelationship of population and environment». En Cooper y Palmer, op. cit., p. 42.

¹⁶ Vitousek, P.M.; Ehrlich, P.R.; Ehrlich, A.H. y P.A. Matson: «Human appropriation of the products of photosynthesis». *BioScience*, vol. 34, n.º 6, 1986, p. 368.

¹⁷ El citado artículo de Vitousek y otros presenta un cálculo según el cual casi el 40% de la productividad primaria neta potencial sobre las tierras emergidas es usada directamente, cooptada o perdida a causa de las actividades humanas. Usada directamente por los seres humanos y sus animales domésticos como alimento, fibras o madera; cooptada a fin de dedicar superficies a cultivos o pastos; perdida por urbanización, aclarado de bosques, desertificación o sobreuso. El crecimiento, demográfico y económico, empuja hacia una apropiación todavía más grande de los productos de la fotosíntesis. Aunque los autores formulan la reserva ha-

bitual, y aclaran que la información que presentan no puede ser usada directamente para calcular la capacidad de carga a largo plazo para los seres humanos, dado que ésta depende también del consumo y de la tecnología (pp.372-373), es claro que presentan un argumento poderoso a favor de las previsiones menos expansivas y a favor, por tanto, del control demográfico: una población poco consumidora y no muy sofisticada tecnológicamente pero muy densa no sería tampoco sostenible. Por otra parte, Vitousek y Ehrlich no advierten sólo sobre la capacidad de carga para seres humanos, sino también acerca de los efectos sobre otras especies (p. 368), destacando en sus conclusiones la posibilidad de «extinciones que podrían causar una reducción en la diversidad orgánica mayor que la ocurrida (...) hace 65 millones de años» (p. 372). La consiguiente pérdida de opciones para la humanidad tendría, tanto en sus manifestaciones concretas como en su tiempo de aparición, las características de imprevisibilidad e indeterminación apuntadas anteriormente.

menos consumo de energía y de materiales es mejorar podría significar, de momento, *ecoeficiencia*, la nueva consigna de Schmidheiny y sus ejecutivos verdosos¹⁸. Pero sólo de momento, pues una economía crecientemente inmaterial es imposible. Reducir, por ejemplo a la mitad, la energía y los materiales por unidad de producto es difícil pero parece posible (y, desde luego, sería muy conveniente). Ahora bien, un crecimiento «sostenible» sobre tal base habría de reducir también sosteniblemente la intensidad material: digamos que a la quinta, la décima... ¿la centésima parte? No hace falta seguir.

Resumiendo: el enfoque de que crecimiento es crecer y desarrollo es mejorar sólo tiene sentido, a largo plazo, si cambia la noción vigente de «mejorar». Es decir, si se acepta que haría falta otra noción cultural mayoritaria de «satisfacer las necesidades». Es sobre todo una cuestión histórico-cultural. A la mayor eficiencia hay que añadir una idea de suficiencia. Sin eso, no hay forma de cuadrar los números.

Ya se habrán dado cuenta de que, hasta ahora, la argumentación de este papel circula completamente al margen de la tesis según la cual no hay problema en volverse más ricos porque, entonces, habrá más recursos para limpiar el medio ambiente (postindustrialismo) y más deseo social de hacerlo (postmaterialismo). Es obvio que esto sólo tiene algo de sentido —no mucho, de todas formas— si la parte del producto dedicada a compensar los costes ecológicos es pequeña. Si dicha parte se incrementa mucho (juguemos de nuevo a los números: ¿hasta donde debería llegar, al 10%, al 50%, al 90%?) mina la supuesta riqueza y la anula. Esto es, más o menos, lo que ha visto Jim O'Connor,

con su tesis de la segunda contradicción o del coste creciente de provisión de las condiciones naturales de la producción¹⁹.

Un último problema para el enfoque de los límites al crecimiento. Pese a todas las reservas que he formulado en las páginas precedentes, muchas de las advertencias que se derivan del mismo son, en mi opinión, básicamente razonables y realistas. Ello no obstante, siempre habrá gente dispuesta a recordar que la Tierra no es un sistema aislado, sino más bien un sistema cerrado, que intercambia energía con el exterior, aunque no materiales; donde es concebible, por tanto, que una fuente energética abundante permita un reciclaje reiterado de materiales y el desarrollo de costosos sistemas de ingeniería para mantener confinados los residuos materiales y para expulsar los residuos energéticos (calor, en última instancia) al espacio exterior²⁰. O, dicho de otra manera, a reavivar, ahora bajo la bandera del desarrollo sostenible, la vieja idea de que para una «especie tecnológica» no hay límite alguno relativo a la capacidad de sustentación de la Tierra.

ENTROPIA, ACELERACION E INESTABILIDAD

Para discutir teóricamente el último punto de vista mencionado hay que recurrir a una versión más refinada y profunda del dilema de los límites, como la que propuso y defendió Georgescu-Roegen. No puedo entrar aquí en muchos detalles, así que la resumiré en las dos leyes siguientes: ningún proceso material puede durar indefinidamente en un medio finito y ningún material puede ser reciclado indefinidamente²¹. La

¹⁸ Schmidheiny, S. (con el Consejo Empresarial para el Desarrollo Sostenible): *Cambiando el rumbo: Una perspectiva global del empresariado para el desarrollo y el medio ambiente*. México, Fondo de Cultura Económica, 1992, pp. 62-63.

¹⁹ O'Connor, J.: «The second contradiction of capitalism: causes and consequences». En *Conference Papers, CES/CNS Pamphlet 1*, 1991, pp. 1-10.

²⁰ Uno de los últimos intentos al respecto, y tal vez el más pretencioso, es Fritsch, B.; Schmidheiny, S. y W. Seifritz: *Towards an Ecologically Sustainable*

Growth Society: Physical Foundations, Economic Transitions, and Political Constraints. Berlín, Springer, 1994. (Ver especialmente los caps. 3 y 4).

²¹ La obra clásica de N. Georgescu-Roegen, *The Entropy Law and the Economic Process*, Cambridge, Harvard University Press, 1971, es la referencia obligada. La polémica con lo que llamé el «dogma energético», es decir, la creencia en que ninguna escasez de materiales impondrá límites siempre que se disponga de energía en abundancia la desarrolló en diversos trabajos, entre ellos los siguientes: «Energía y mitos económicos»,

tesis que se deriva, según la cual la vida social sólo puede mantenerse al precio de reducir la capacidad del entorno natural para sostenerla a largo plazo, depende de la ley de entropía. Desde esta perspectiva, la noción de desarrollo sostenible es esencialmente autocontradictoria. Pertenece a la misma clase que algunos otros viejos mitos inútiles (el móvil perpetuo o el organismo inmortal, por ejemplo).

El enfoque bioeconómico contiene, a mi parecer, una generalización bastante precisa de las condiciones materiales de todo cambio social. El hecho de que la sociedad, como cualquier otro sistema viviente, sólo pueda evolucionar incrementando la entropía de su medio ambiente es ampliamente reconocido desde el famoso trabajo de 1944 de Schrödinger²². Si el desorden introducido en el entorno es muy grande, el sistema puede acceder a una nueva forma de adaptación consumiendo más energía (pero aumentando entonces todavía más la degradación del medio). Cuando se aplica esto al debate contemporáneo sobre desarrollo y sostenibilidad procede recordar, como mínimo, que no hay garantía alguna de que se encontrará una fuente energética alternativa a los combustibles fósiles, más abundante y menos contaminante que éstos. Hay que tener en cuenta, asimismo, que los materiales también se disipan irrevocablemente (la llamada «cuarta ley de la termodinámica», propuesta por Georgescu-Roegen): tal vez no sea ésta una buena ley física, pero es sensato considerarla como una buena ley económica, como sabe cualquiera que conozca las experiencias de reciclaje que ya existen. La conclusión a que llegó el economista y matemático rumano, según la cual la consecuencia de todo esto es que la única regla

válida para hacer frente a la crisis ecológica es la *conservación*, es del todo razonable.

El problema con el análisis a partir de la segunda ley es que no permite hacer cálculos sofisticados ni brillantes modelos formales y, en consecuencia, que su aplicación en contextos concretos e inmediatos obliga a enfrentarse sin pantalla alguna a dilemas morales abstrusos e intrincados. Hay, sin embargo, un aspecto relacionado con todo esto que permite dar un paso más. Un sistema que depende de entradas crecientes de energía -aun suponiendo que pueda controlar los impactos directos sobre los seres vivos y sobre los materiales- aumenta su inestabilidad. Se puede aducir ahora la famosa idea de que esa situación es creativa. Y lo es, en efecto, sólo que nada permite decir que las novedades desbocadamente emergentes sean las que «interesan» desde la particular perspectiva de la especie humana. Se puede entonces abordar el asunto desde el punto de vista, algo diferente, que ha formulado el astrofísico Peter Kafka, quien ha sugerido que la crisis ecológica es sobre todo un asunto de velocidad y de globalización²³. Un sistema se vuelve insostenible si (a) se acelera demasiado y no tiene tiempo de seleccionar las adaptaciones más viables; y si (b) se globaliza demasiado, es decir, se vuelve incapaz de fracasar en algunas de sus partes sobreviviendo en otras, y se lo juega todo a una carta, por así decirlo. Un mecanismo de control o dirección consciente en un contexto así está condenado a dar palos de ciego, a cometer errores cada vez más grandes y cada vez más frecuentes. Si, además, el centro de control conecta hasta las partes más remotas del sistema y si, para colmo, dispone de una tecnología poderosa²⁴, es decir, capaz de alterar inten-

El Trimestre Económico, oct.-dic. 1975, pp. 779-836; «Energy and matter in mankind's technological circuit», en Nemetz, P.M. (ed.): *Energy policy: The global challenge*, Toronto, Butterworth, 1979, pp. 107-127; «The crisis of resources: Its nature and its unfolding», en Danneke, G.A. (ed.): *Energy, economics, and the environment: Toward a comprehensive perspective*, Lexington (Mass.), Lexington Books, 1982, pp. 9-24; «Energetic dogma, energetic economics, and viable technologies», en Moroney, J.R. (ed.): *Advances in the economics of energy and resources*, vol. 4. Greenwich (Conn.) JAI

Press, 1982, pp. 1-39.

²² Schrödinger, E.: *What is life?: The physical aspect of the living cell (with Mind and matter & Autobiographical sketches)*. Cambridge University Press, 1992, pp. 67-75.

²³ Kafka, P.: «Conditions of creation: The invisible hand and the global acceleration crisis». En European Association for Bioeconomic Studies: *Entropy and bioeconomics. First International Conference of the EABS. Proceedings*. Milán, Nagard, 1993, p. 346.

²⁴ Bateson, G.: «Conscious purpose versus nature».

sa o profundamente el ecosistema, entonces están reunidos todos los ingredientes del desastre.

Es el momento de contar un cuento. Se encuentran un día un sabio y un científico (un científico social, por cierto). El sabio pregunta: «¿Cuántas opciones nuevas querría usted tener cada año?». Y el científico, bien entrenado en los dogmas neoliberales, responde con suficiencia: «¡Vaya pregunta estúpida! ¡Tantas, naturalmente, como sea posible!». El otro continúa: «¿Y cada día?», provocando que su interlocutor —pese a no imaginar nada que pudiera añadirse a la respuesta anterior— ponga un gesto ligeramente desconcertado. La conversación sigue: «¿Y cada minuto?», «¿y cada segundo?». Finalmente, observando que el científico va pasando del estupor a la ira y está a punto de argumentar con los puños, el sabio le da la espalda y se aleja²⁵. Como todos los apólogos, éste tiene moraleja. Una sociedad se vuelve insostenible cuando tiene cada vez más opciones nuevas en intervalos cada vez más breves. Cuando, por ejemplo, introduce miles de nuevas sustancias químicas en la naturaleza cada año. O cuando se dispone a hacer otro tanto con miles de organismos genéticamente modificados. Es decir, cuando renuncia a toda posibilidad de reaccionar a tiempo a los efectos de sus propios actos. Esto no es exactamente lo mismo que exceso en la escala física, y ni siquiera es lo mismo que incremento de la entropía —aunque en este caso la analogía sería poderosa—. Es más bien un fallo esencial del sistema de información, un mecanismo muy potente de amplificación del error.

El comentario precedente sugiere que sostenibilidad, si acaso, sería más bien desaceleración, parsimonia (o, dicho más crudamente: menos desarrollo). Una conclu-

sión de apariencia paradójica pues, uno tras otro, los informes sobre el estado del medio ambiente señalan que queda poco tiempo antes de que los equilibrios ecológicos se alteren de un modo catastrófico. Es decir, pintan un cuadro que sugiere más bien la necesidad de actuar mucho y deprisa. La respuesta al dilema es que no hay urgencia para hacer cosas, sino para dejar de hacerlas, o, por hacer uso de una metáfora idónea, adaptada de Walter Benjamin, para pisar los frenos de emergencia²⁶, que no es exactamente lo mismo. Hay, por poner un ejemplo, dos formas de concebir la respuesta social al calentamiento de la Tierra. La primera es reducir drásticamente el consumo energético. La segunda es poner en órbita gigantescos espejos reflectores de la radiación solar, incrustar bolas de aluminio en la estratosfera²⁷, inyectar dióxido de carbono en los océanos²⁸ y en contenedores geológicos o mantenerlo congelado en hiperneveras²⁹. Sólo la primera de esas respuestas, la que sigue la vía del no-hacer, puede tener una esperanza razonable de no generar problemas más grandes que los que resuelve.

En la sociología contemporánea se repite hasta la saciedad que vivimos una época de intensos y rápidos cambios. Hay en esta percepción una notable confusión. Aceleración no es exactamente lo mismo que cambio social. Más bien impide el cambio, pues éste requiere tiempo para detectar y corregir los errores. Como enseña la filosofía de la ciencia, la mente puede detectar el error, pero no la verdad. Un sistema excesivamente acelerado pierde esta cualidad y se vuelve rígido, incapaz de la flexibilidad necesaria para seleccionar adaptaciones viables.

Naturalmente, la observación anterior es también antropocéntrica. Siempre pasa al-

En Cooper, D. (ed.): *The dialectics of liberation*. Harmondsworth, Penguin, 1968, p. 43.

²⁵ Kafka, op. cit., p. 346. De hecho, Kafka presenta la historia no como un cuento, sino como un hecho real, que le ocurrió a él mismo en un encuentro con un científico social.

²⁶ Riechmann, J.: *¿Problemas con los frenos de emergencia? Movimientos ecologistas y partidos verdes en Alemania, Holanda y Francia*. Madrid, Revolución, 1991.

²⁷ Rosenberg, N.J. y M.J. Scott: «Implications of policies to prevent climate change for future food security». *Global Environmental Change: Human and Policy Dimensions*, vol. 4, n.º 1, 1994, pp. 59-60.

²⁸ Dessus, B. & M. Claverie: «¿Hay que almacenar el dióxido de carbono en el fondo de los océanos?». *Mundo Científico*, n.º 159, julio-agosto 1995, pp. 640-645.

²⁹ Fritsch, Schmidheiny y Seifritz, op. cit., pp. 108-121.

go. También a un sistema acelerado *le pasan* cosas. Incluso muchas cosas. Lo que ocurre es que estábamos hablando de respuestas intencionales y conscientes. Y, a demasiada velocidad, las respuestas pueden ser intencionales —de hecho es probable que lo sean, puesto que son humanas— pero, por decirlo así, resultan cada vez menos «conscientes».

GLOBALIZACIÓN Y DIVERSIDAD

Me gustaría proponer ahora una reflexión acerca de un perspicaz comentario que hizo Boulding sobre su propia metáfora astronáutica, unos años después de haberla formulado. Estas eran sus palabras: «Lo más alarmante de la Tierra es que parece no haber manera de evitar que se vuelva un solo mundo. Si sólo hay un mundo, cuando algo marcha mal todo marcha mal. Y por la ley de Murphy generalizada, todo sistema tiene alguna probabilidad, por más baja que sea, de sufrir una catástrofe irreparable».³⁰

Boulding decía esto manteniendo la analogía. Es decir, para una «Tierra-máquina». Pero la cosa es tanto más preocupante si se tiene en cuenta que la Tierra no es una máquina. Lo intuyó también, aunque no sacó todas las consecuencias:

«Tal vez la deficiencia mayor de la metáfora sea que la nave espacial tiene supuestamente un destino claro y una misión que cumplir. Es, a fin de cuentas, una economía planeada. Sin embargo, el proceso evolutivo es, igual que un ecosistema, muchísimo más que una economía planeada. El ecosistema biológico no es siquiera una comunidad, a pesar de que los biólogos así lo llamen a veces, sino el ejemplo más extremo de un sistema de empresa privada, y ni siquiera tiene un alcalde.»³¹

Es curioso que en la época presente, cuando nadie se atreve a defender la planifica-

ción de la economía, cuando se ha convertido en un tópico la afirmación de que ésta sustituye el azar por el error, haya tanta gente dispuesta a suscribir una idea de sostenibilidad que implica la *planificación de la naturaleza*. Y una planificación *nada menos* que global. Después de todo, los planes para la sociedad, pese a no haberse mostrado nada brillantes hasta ahora, no son teóricamente inconcebibles. La mente, el sistema que se ha hecho reflexivo, puede aspirar a un cierto grado de autoregulación (a condición, claro está, de no imponerse demasiadas opciones nuevas al mismo tiempo, de limitarse a unas cuantas «condiciones de contorno»). Pero no puede aspirar a regular la vida, de la que depende, pues la parte no puede abarcar el todo.

En la naturaleza, la reducción de la diversidad se produce en sistemas de renovación acelerada, la cual casa mal con la parsimonia consustancial a la sostenibilidad. Una diversidad muy grande, en cambio, aparece en sistemas que conservan poca energía para el cambio y que resultan, pese a su apariencia estable, muy vulnerables frente a un impulso exterior. Algún grado intermedio de diversidad parece pues la mejor garantía frente a errores evolutivos. Esto suscita la idea de que la mundialización de la economía, la centralización del poder y la unificación cultural son inherentemente antiecológicas, y resultan pues poco aconsejables precisamente como estructuras para la actuación medioambiental. El ecologismo de los años setenta era en consecuencia muy mayoritariamente partidario de la descentralización. Ahora hay un cambio del clima —permítanme la broma— y la tendencia parece muy distinta. Es habitual dar por buenos sin más discusión argumentos como éste: «... muchos problemas medioambientales trascienden el nivel local y algunos de los más intratables son de alcance global. Hacen falta instituciones a la escala correspondiente para tratar esos temas»³². Hasta Arne

³⁰ Boulding, K.: «Una nueva visita a la nave espacial Tierra». En Daly, H.E. (comp.): *Economía, ecología, ética: Ensayos hacia una economía en estado estacionario*. México, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 274.

³¹ *Ibid.*, p. 274.

³² Dryzek, J.S.: «Ecology and discursive democracy: Beyond liberal capitalism and the administrative state». *Capitalism, Nature, Socialism*, vol. 3, n.º 10, 1992, p. 37.

Naess se ha montado en la ola, defendiendo la adopción de un nuevo lema: «pensar globalmente, actuar globalmente»³³.

El lema ecologista decía: «pensar globalmente, actuar localmente». Sin embargo, ahora se habla cada vez más de «gobierno global», o de «control global». Y gobierno y control son relativos a la acción, no al pensamiento. En el globalismo realmente existente, lo habitual es que se invierta —y pervierta— el viejo lema, convirtiéndolo en «pensamiento local y acción global».

Siempre ha habido algo de confuso en esta discusión. La expresión «pensar globalmente» se refería sobre todo a una cierta capacidad de ver más allá de los intereses inmediatos, de considerarse parte de un todo con las gentes del futuro y el resto de los seres vivos. Citaré como ejemplo un pasaje del propio Naess. Cuando éste quiere ilustrar qué significa eso de pensar globalmente, anota la respuesta dada por un miembro de una comunidad indígena a alguien que le pedía razones de su oposición a la construcción de un pantano en las tierras que tradicionalmente habían pertenecido a su pueblo: «Este lugar es parte de mí mismo»³⁴. Dijo «este lugar», no «el mundo». Lo cual, dicho sea de paso, es muy razonable, pues los semidiosos capaces de tener el mundo en la cabeza son de lo más escasos.

La recomendación de actuar localmente era también bastante sensata, teniendo en cuenta las posibilidades de las personas corrientes a quienes iba dirigida. Cabe alegar, claro, que toda acción influye en la Tierra y que, de ese modo, todo el mundo actúa siempre globalmente. Aunque esta afirma-

ción no se sostiene (el principio sistémico de que todo está relacionado con todo no se debe interpretar demasiado literalmente, pues en el mundo sólo se hacen efectivas algunas de las relaciones posibles) podemos admitirla a efectos de la discusión. Ocurre entonces que unos son más globales que otros: tienen más poder o los brazos más largos. Las relaciones son asimétricas³⁵. Lo son en el aspecto material: algunas poblaciones dependen casi totalmente de sus recursos locales y causan degradación en el medio ambiente local mientras que otras, en cambio, se sustentan casi exclusivamente de recursos externos y causan degradación en todas partes. Lo son en cuanto a la información: «no hay redes latinoamericanas asesorando y dando consejos sobre, digamos, la gestión de los bosques canadienses»³⁶. Como consecuencia, la globalización realmente existente tiende a marginar las perspectivas y los intereses de quienes tienen menos poder (como fue, por ejemplo, el sentimiento generalizado de los grupos de mujeres presentes en Río³⁷).

Lo que se ha dado en llamar «cambio medioambiental global» es en buena medida una construcción ideológica. Lo es tanto en lo que respecta a los problemas mismos cuanto en lo relativo a las instituciones dedicadas a hacerles frente.

La forma en que son presentados los problemas responde a menudo a una «pauta arbitraria de etiquetaje global»³⁸. Un simple vistazo a las listas habituales basta para darse cuenta de que la realidad es mucho menos esquemática de lo que sugiere el sumario «los problemas ecológicos son globales». El cam-

³³ Naess, A.: «The Third World, wilderness, and deep ecology». En Sessions, G. (ed.): *Deep ecology for the twenty-first century*. Boston, Shambhala, 1995, p. 404.

³⁴ *Ibid.*, p. 404.

³⁵ Giddens, por ejemplo, ha insistido en que «las acciones cotidianas de un individuo tienen en la actualidad consecuencias globales» («Living in a post-traditional society», en Beck, U.; Giddens, A. y S. Lash: *Reflexive modernization: Politics, tradition and aesthetics in the modern social order*, Cambridge, Polity, 1995, pp. 57-58). Presenta el comercio mundial como indicador principal de interconexión e ilustra así la idea: «Mi decisión de adquirir una particular pieza de ropa, por ejemplo, o un tipo específico de comestible, tiene

múltiples implicaciones globales» (p. 58). Pero, entonces, tiene sentido decir que los consumidores son «más globales» cuanto más opulentos (en el doble sentido de que tienen más dinero para comprar y mayor diversidad de opciones a su alcance).

³⁶ Gudynas, E.: «The fallacy of ecocriticism: Observations from Latin America». En Sachs, op. cit., p. 173.

³⁷ Venkateswaran, S.: *Environment, development and the gender gap*. Nueva Delhi, Sage, 1995, p. 219.

³⁸ Buttel, F. y P. Taylor: «Environmental sociology and global environmental change». En Redclift, M. y T. Benton (eds.): *Social theory and the global environment*. Londres, Routledge, 1994, p. 237.

bio climático tiene que ver con «bienes comunales planetarios» —los sumideros de gases de invernadero—, pero en sus efectos previsibles hay una gran diversidad geográfica —la misma subida de temperatura que se baraja como posible es sólo un promedio. Y, desde luego, si se consideran las causas en lugar de los efectos, la diversificación es más palpable aún. Hay desde luego bastante de global en el alcance de, por ejemplo, las grandes compañías del petróleo o del automóvil, pero lo que hay tiene poco que ver con los esquemas de responsabilidad difusa que se asocian habitualmente a la frase «este problema es global». Algo parecido puede decirse del agujero en la capa de ozono. De hecho, si se ha producido algún progreso en este ámbito se ha debido a que sólo existen unos cuantos grandes productores de clorofluorocarbonos. Lo más pugnazmente global en el debate sobre la biodiversidad es el deseo de libre acceso a las reservas genéticas de todo el mundo exhibido por las compañías de bio-tec. Y hay poco de global, salvo en su difusión por todas partes, en la contaminación industrial, la desertización, la erosión de los suelos o la escasez y pérdida de calidad del agua dulce. La presentación «globalizante» de la crisis ecológica tiene que ver más bien con otras cosas: permite concentrarse en los síntomas en lugar de hacerlo en las causas (lo que favorece la apariencia de consenso y vuelve menos conflictiva la «gestión» política); permite simplificar y dar una apariencia manejable a la agenda (algo conveniente para todos los participantes en el «complejo medioambiental global», desde los gobiernos a las superagencias de la información, pasando por los diversos organismos internacionales, las corporaciones y las grandes ONGs). Todo esto comporta un desplazamiento del centro de gravedad que, aunque también, no es sólo ideológico: en Río hubo una convención sobre el cambio climático pero no sobre la industria automovilística, se discutió de desertización pero no de las agrofábricas de carne de vacuno, etc.

³⁹ Keohane, R.O. y E. Ostrom (eds.): *Local commons and global interdependence: Heterogeneity and cooperation in two domains*. Londres, Sage, 1995, p. 21.

Cosas parecidas cabría decir sobre las instituciones adecuadas. La gestión de los bienes de acceso libre (aunque sean globales, como por ejemplo el sumidero atmosférico de dióxido de carbono) plantea un debate sobre jerarquía y apoyo mutuo. En teoría, dicha gestión podría abordarse desde un centro dotado de un poder separado o mediante un sistema de reglas de reciprocidad (como las que permiten el uso sostenible de recursos en muchas pequeñas comunidades que eluden la tragedia de los bienes de acceso libre mediante la gestión comunal, sin necesidad de delegar en ningún eco-Leviatán). No me parece que este dilema tenga una salida clara (y, sobre todo, no me parece que pueda tener *una sola* salida). En cualquier caso, recordarlo puede ser bueno para sacar el debate de la polarización «estado mundial o anarquía no cooperativa»³⁹, que excluye muchas posibilidades intermedias de cooperación más o menos institucionalizada.

Tener en cuenta estas dimensiones del asunto matizaría los resultados de algunos intentos de sociología del cambio ambiental global que, aceptando sin crítica el marco ideológico del globalismo, reducen el contenido social de la crisis ecológica a un conflicto en que el sistema capitalista global (formado por las compañías transnacionales, la clase capitalista transnacional y la cultura-ideología del consumismo) se ve desafiado por un rival que, mucho más débil todavía pero no por ello menos ambicioso, se constituye en «sistema ecologista global»⁴⁰ (con sus correspondientes elementos: organizaciones ambientalistas transnacionales, élites ambientalistas transnacionales y la cultura-ideología del ambientalismo). El exasperante esquematismo de semejante gigantomaquia debería bastar para, por lo menos, relativizar sus pretensiones.

CONCLUSION

En todo lo anterior hay mucho de crítica política y cultural. De hecho me identifico

⁴⁰ Sklair, L.: «Global sociology and global environmental change». En Redclift y Benton, op. cit., p. 207.

con el cuadro trazado por W. Sachs:

«...en los años recientes se ha desarrollado un discurso sobre la ecología global que está en gran medida desprovisto de toda consideración sobre relaciones de poder, autenticidad cultural y elección moral; en lugar de ello promueve más bien las aspiraciones de una ecocracia ascendente a gestionar la naturaleza y regular a la gente en todo el mundo. Irónicamente, un movimiento que un día invitó a los seres humanos a la humildad ha producido expertos que sucumben a la tentación de la *hybris*»⁴¹.

No me parece que este impulso polémico deba ser reprimido. No porque sea imposible una formulación más abstracta y «neutral». De hecho, podría resumirse todo lo anterior diciendo que un sistema que depende de entradas crecientes de energía tiende a formas extremas de inestabilidad y que, si sólo contiene una línea de evolución, esa inestabilidad le ha de resultar fatal. Pero, si el análisis apuntado en la primera parte es

acertado, el concreto sistema de que estoy hablando es uno muy particular que no puede separar su consumo energético de sus fantasmas. Lo que podría llamarse «paradigma emergente del desarrollo sostenible», versión verdeante del final de la historia, parece prisionero de los mitos básicos del patriarcado europeo, de un pacto con el diablo a cambio del conocimiento y el dominio del mundo. Una transacción, como se sabe, cuyo pago no puede ser «sosteniblemente» diferido.

Los efectos benéficos que tal vez se desprenderían en caso de seguir el ya viejo consejo ecologista (decrecer, frenar, democratizar, descentralizar⁴²) están sin duda excluidos, pese a sus promesas en contrario, del nuevo programa que anuncia la sostenibilidad del desarrollo por medio de más energía, más megatécnica y más concentración del poder. La combinación de progreso social y continuidad de la vida, más que un problema, es un dilema propuesto por una esfinge. Digámoslo de otra manera: es el restablecimiento de la historia.

⁴¹ Sachs, op. cit. p. xv.

⁴² Roszak, T.: *The voice of the Earth: An exploration*

of ecopsychology. Londres, Bantam, 1993, p. 312.

SUSCRIBETE

Iniciativa Socialista quiere ser un lugar de encuentro para todo pensar y hacer de carácter emancipatorio. Su propósito es ser un órgano de expresión libre y todo lo que de progresista, liberador, creador y revolucionario existe en nuestra sociedad. El deseo del consejo de redacción es que cada vez sea mayor el número de páginas de la revista que sean cubiertas por las colaboraciones de los lectores. Si quieren suscribirse, pueden enviar esta hoja, debidamente cumplimentada, a: Apartado nº. 6088, Madrid-28060.

Iniciativa Socialista

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Don/Doña
Domicilio
Municipio Provincia
Teléfono

Suscripción Ordinaria 5 números (un año) 2.500 pesetas
Suscripción de apoyo 5.000 pesetas (Con derecho a Obsequio de una suscripción a otra persona)

Forma de pago:

- domiciliación bancaria
- transferencia a nombre de INICIATIVA SOCIALISTA, en el Banco de Santander.
C/Alcalde Sainz de Baranda nº. 39 Agencia 109. Cta/cas. nº. 1.225
- talón remitido, Apartado de Correos nº. 6088 28060 Madrid

Firma:

BOLETIN DE DOMICILIACION BANCARIA

Sr. Director de Banco Agencia
Dirección
Municipio Provincia
(Nombre)
Número de cuenta/libreta Titular

Le agradecería tome nota de atender, hasta nuevo aviso, los recibos anuales que, con cargo a mi cuenta, le sean presentados por INICIATIVA SOCIALISTA.

..... de de 19.....

Firmado: